Médanos

(Por Claudio María Domínguez) Santiago y Carlos suben trotando por un médano, hasta llegar a la cima marcada por un arbusto temerario.

Carlos entrecortado por el esfuerzo, dice:

–¿Cómo estás con tu mujer?

–Bien... cuando la veo, bien. Será porque la veo tan poco... ¿y vos con la tuya?

–Ahora que se juntó, bárbaro. El nuevo marido es mi compañero de dobles en tenis.

–¿El del supermercado?

–Sí... es un gordo macanudo. El otro día, después del partido, estábamos tomando algo, y llegó Gladys, que venía a buscarlo... Le entró a decir de todo, adelante nuestro... muy de Gladys. Hizo la escena, se cercioró de que todo el club la escuchara, y después se fue por la izquierda del decorado, a esperarlo en el auto.

–¿Y el tipo qué hizo?

–Nada... pero me miró del mismo modo en que yo te miraba a vos, hace unos años, cuando Gladys me hacía lo mismo...

–¿Y con esa chica de la farmacia que pasó?

–Salimos unas veces... acá... el mes pasado me fui a Mar del Plata con ella, con la idea de quedarme tres días, y a la primera noche, cuando estaba acostado con ella, después del polvo, me di cuenta de que no tenía nada de que hablar...

–La hubieras escuchado a ella, entonces...

–Ese fue el problema... Yo la escuchaba. Ella ponía voluntad, y sacaba temas diferentes... pero yo sólo le devolvía monosílabos, hasta que ella dejó de hablar, y se durmió.

–¿Pero vos no pegaste los ojos en toda la noche, no?

–No... me quedé dormido enseguida pero me despertó el ruido que ella hacía en el baño...

–¿Qué ruido hacía?

–Lloraba... lloraba con tanto sentimiento, que me quedé quieto en la cama, sin animarme a preguntarle qué le pasaba...

–¿Y cuál fue la revelación?

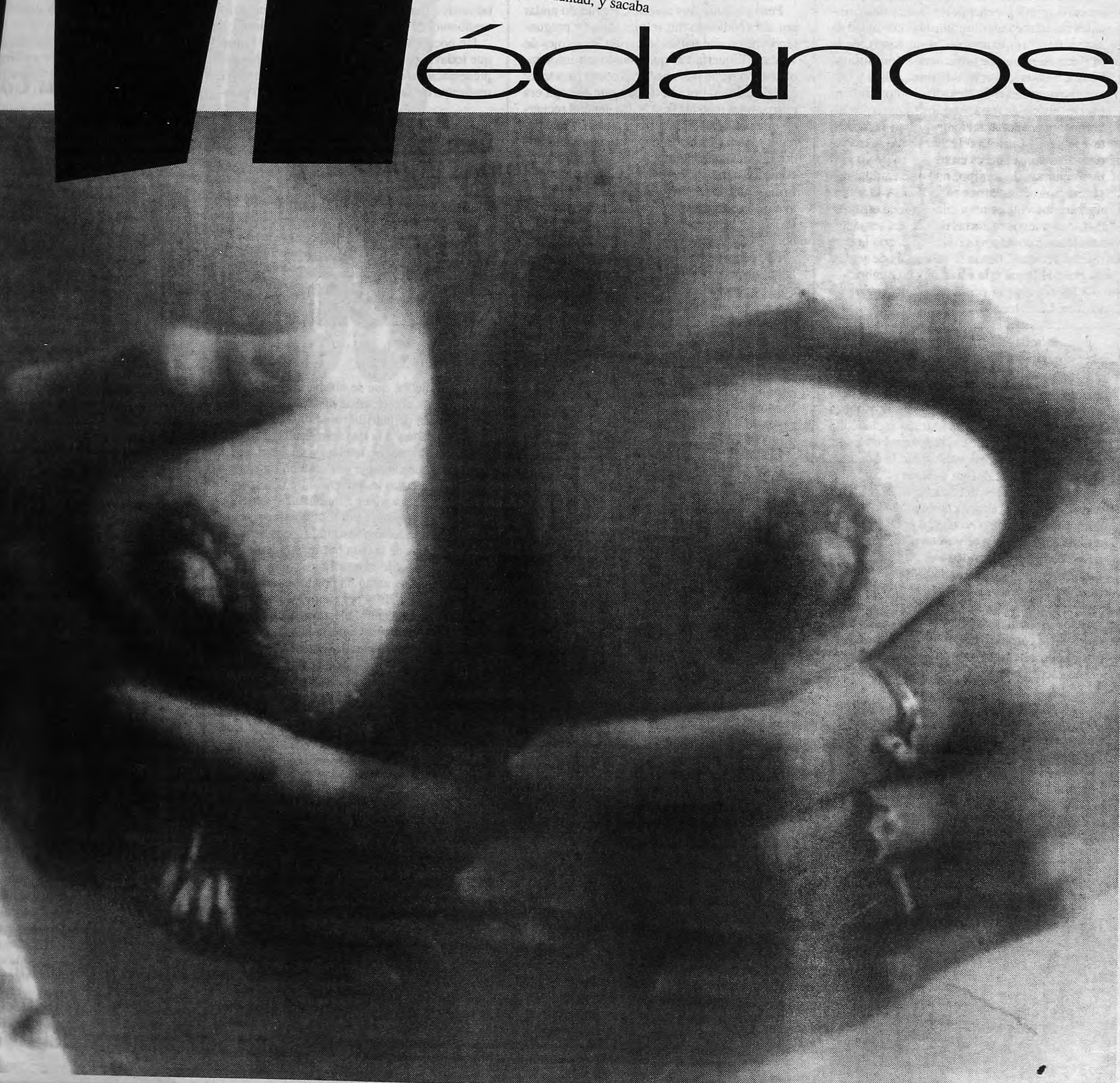
–Me dijo que lloraba, porque se daba cuenta de que yo me había aburrido de ella.

–Una chica inteligente... ¿Y qué hiciste entonces?

–La abracé como pude... y al otro día nos volvimos temprano.

–Y no volviste a verla... –(Carlos niega y Santiago añade)–. Yo sé lo que es eso... cuando sentís desesperadamente que querés probarte a vos mismo, que tenés que estar con alguien... y cuando pasa... no es que sea malo. Es insuficiente, incompleto... volvés a sentir lo mismo que antes de haberlo intentado.•

El médano sintió compasión por la confesión de esos hombres, y le pidió al viento que moldeara con arena las formas inmensas de una mujer que ríe...



Por Douglas Coupla

Hablaré

De acuerdo. Hablaré de Europa.

Europa: al aterrizar en el aeropuerto de Schiphol, en Amsterdan, ya comprendí que se trataba de un mundo distinto. Todas las holandesas parecían azafatas y todos los holandeses parecían invitados a un concurso de la tele. Aunque parecía mentira, los agradables y modernos pasillos de acero por los que llevé rodando mi equipaje hacia los trenes olían como los montones de abono de las granjas de juguete requetepulidas que bordeaban la pista. Mientras esperaba el tren que me iba a llevar al centro manoseé una etiqueta con alas que le había pedido a la azafata de las líneas aéreas como recuerdo para Anna-Louise (Hola, me llamo...). Incluso estaba empezando a entender que cuando uno llega a la entrada de Europa le dan un par de alas, y no para usarlas para volar por el cielo sino más bien para volver hacia atrás en el tiempo.

Mis seis primeras eurosemanas antes de conocer a Stéphanie son un borrón de impresiones, experiencias más que relaciones. Bicicletas negras; fresas muy pequeñas y perfectas, la cadena de los videos musicales omnipresente; tarjetas de crédito inteligentes; prendas vaqueras horripilantes; chicos italianos muy modernos, *paninari*, en motos Vespa, y vestidos de un modo tan llamativo y moderno que los deberían detener.

El único amigo de verdad que hice durante ese tiempo fue Kiwi, un neozelandés al que conocí durante mi primera noche en Amsterdam en el albergue juvenil Bob's de la Nieuwezijds Voorburgwal. Kiwi era un tipo entusiasta e insolente, lleno de teorías, mal afeitado y aficionado a los cócteles, procedente de Dunedin en la Isla del Sur. Fue la excepción a la regla de los euroamigos jóvenes del verano, de las amistades basadas en una "mutua disponibilidad de usar y tirar" (la expresión es de Kiwi), de la miríada de relaciones que anudé con Susans, Petras, Volkers, Clives, Mitsuos, Julios y Daves que conocí en los atestados compartimientos de tren de Europa y en los mugrientos albergues juveniles, que siempre olían vagamente a semen y a café con leche. Como la mayoría de los euroviajeros en tren, Kiwi y yo viajamos juntos un tiempo, nos cabreamos, nos separamos, cambiamos monedas. A la semana o así nos volvíamos a encontrar en otra ciudad, con nuevas historias de nuevas sensaciones. Recuerdo a Kiwi gritándome, con la cara resplandeciente, desde la ventanilla de segunda clase al llegar a la estación de Ginebra:

–¡He tenido por primera vez un *ménage a trois* en Barcelona!

Más eurodescubrimientos, más experiencias: la excitante bocanada nebulosa de una posible muerte por explosión mientras releía el mismo *International Herald Tribune* por centésima vez en la estación de Milán; riqueza (¡demasiada riqueza!); la extraña melancolía de esas ciudades como cajas de bombones que no fueron bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial, Zurich y Nancy; centrales eléctricas nucleares destacándose en el horizonte; obreros morenos con bigotes de morsa, embutidos de cuatro en cuatro como sardinas en lata en coches que parecían máquinas de coser, cada una fumando once pitillos a la vez, cada uno gritándole al otro y silbando sin sentido, en los suburbios asfixiados por el carbón y superdeprimentes de Checoslovaquia mientras sus ignoradas mujeres se mantenían a los lados de la carretera como indias de los estancos. Todo alienígena; todo encantador, pero como escribí a Anna-Louise en una postal:

Europa carece de la posibilidad de una metamorfosis (¡qué sabihondo!). Europa es como un recién nacido guapo con rasgos superdistintivos que, además de guapo, es también deprimente o algo así porque uno sabe con exactitud la pinta que tendrá el niño a los veinte, a los cuarenta, a los noventa y nueve años. Ningún misterio.

Posteriormente añadí, muy sentimental, en la misma postal:

Creo que estoy padeciendo una sobredosis de historia. Nunca estoy seguro de si llevar ropa moderna dentro de una iglesia es "pecado". Demasiados fuegos artificiales con música de los Rolling Stones en Mónaco. Demasiados espectáculos son et lumière. Demasiadas cúpulas, refinerías y personas rezándoles a los dioses. La sensación de estar agarrotado es divertida durante los primeros días pero luego uno se pone enfermo por culpa de esa sensación, aunque aquí nunca se desagarrotan. Lo que quiero es estar de vuelta a casa y en la costa, metido dentro de una gran casa de cristal en el borde del planeta, en la península Olympic, digamos, y limitarme a mirar el agua y nada nada más.

Le enseñé esta tarjeta a Kiwi antes de echarla al correo. Se mostró de acuerdo conmigo, porque también a él le apetecía estar dentro de una casa de cristal en el extremo de la isla Sur de Nueva Zelanda, con nada entre él y la Antártida.

–¿La Antártida? –pregunté yo–. ¿Sabes que en realidad la Antártida son dos continentes, no uno solo, unidos por un puente de hielo?

–¿De verdad? ¿Como unos padres divorciados?

–Exactamente.

Una pregunta: ¿por qué fui a Europa? Bueno, pues es un milagro que llegara a ir, teniendo en cuenta el muro de indiferencia que encontré cuando propuse la idea a mi familia y amigos ("¿Europa? No lo entiendo -dijo Harmony–. Tenemos una Europa perfecta aquí en EPCOT, Florida. ¿Es que no te parece suficiente?").

Pero yo tenía mis razones. Recuerdo andar por ahí vendiendo mis relojes falsos y preguntándome en qué países se harían los relojes de verdad. Y quería ver qué mundo tan intolerable encontraron mis ancestros como para tener que dejarlo. Y por ahí decían que Europa era el sitio total para las fiestas. En general recuerdo que pensaba lo moderna y animada que parecía Europa en las fotos: edificios geométricos tintineando alegremente al salir disparados como cristales de la tediosa piedra parda del firme. Europa parecía un sitio donde el futuro avanzaba con más rapidez que en Lancaster, y yo adoro el futuro, así que en eso estaba. Rumbo a la diversión.

Pero al cabo de tres semanas de eurotrenes, la pátina de modernidad de Europa había perdido considerablemente el brillo. Europa intenta ser muy moderna, pero el esfuerzo siempre parece que... bueno, fracasa. Alemania, y lo digo a su favor, tiene más tecnología que el interior de un lector de discos compactos, pero sus retretes son como un aparato de tortura inquisitorial. Francia ignora lo que es ir de compras los domingos. Y en Bélgica he visto el refrigerador de una central nuclear cubierto de musgo en su ladera norte. ¿Moderna?

Al examinar las fotos de mi viaje a Europa, he apreciado una cosa que no noté mientras estaba allí. Esa cosa es que hay unos logotipos empresariales que se me han introducido tranquilamente en la cabeza. Franquicias de pizzerías norteamericanas brillando detrás de dúos de profesoras australianas con grandes huesos que se llamaban Liz. Vaqueros fumando y furgonetas de correo sirven de fondo a tríos de novatos de Ontario agotados de tanto viajar. Empresas de fotografía y logotipos de fabricantes de ordenadores sirven de apoyo a euroviajeros con camisetas de la universidad de Cornell. Lo más surrealista de todo son los "tótem de cola", picotas cilíndricas empapeladas de posters para que parezcan latas de cola, empotradas en el soñoliento paisaje de canales de Amsterdam donde millones de agujas hipodérmicas están metidas en el pastel del barro verde oliva de debajo de la superficie del agua, y donde de noche unas casas altas y finas como cajas de galleta separadas por callejones parecen disolverse en el cielo negro. Es extraño que nunca me hubiera fijado en estos logotipos mientras estaba allí, pero ahora, en casa, no hay modo de borrármelos de la memoria.

Por fin, seis semanas antes de la fecha prevista para mi regreso, iba traqueteando hacia el sur en un tren que se dirigía de Dinamarca a París (un sello más en mi pasaporte; Bélgica: un triángulo rojo), y puse los ojos en blanco ante otro sandwich enano de jamón muy de tren y una espumosa naranjada en lata que llevaba en catorce idiomas las instrucciones para abrirla. Kiwi y yo manteníamos una "conversación de albergue" con una pareja de Texas y los cuatro teníamos una necesidad absoluta de cortes de pelo, baños, loción, antiparásitos y multivitaminas.

Entonces leo una carta de Daisy, enviada por correo a la American Express de Copenhague. Los sellos del sobre estaban boca abajo y dentro había un anillo para la nariz de Murray (¡ponte estos anillos ya!) y un dibujo de Mark del refrigerador de Las Instalaciones, lo que me encogió el corazón e hizo que me sintiera tremendamente cansado, solo y lleno de añoranza. En una carta, Daisy me imploraba que me hiciera con una flor de la tumba de Jim Morrison en París, y en la parte de abajo de la carta, después de una buena cantidad de chismes, había escrito la posdata:

Mark tiene un resfriado de verano y ha pegado los sellos de este sobre con la nariz. Espero que eso no te contagie. D.

En el exterior del tren lloviznaba, el cielo resplandecía incoloro sobre el picado Nord Zee, y a los cuatro del compartimiento se nos quitaron las ganas de hablar e íbamos sentados, totalmente exhaustos y en silencio, mientras atravesábamos el mundo sin el menor sentido.

Un poco más adelante me fijé en una visión que todavía permanece en mi mente como representación del punto más bajo del viaje. Vi un campo de endibias amarillo claro, frío y cubierto de niebla, que se alzaba más allá de las vías del tren, al este, en cuya parte más alta había una casa de ladrillo rojo del siglo XVII o XVIII, aislada y a la que no rodeaba ni siquiera un arbusto, por no hablar de un árbol.

Bueno, pues aunque una casa en un campo no sea gran cosa, lo que encontré de especial fueron las alteraciones a que habían sometido esta casa en concreto. Por motivos que no consigo imaginar, habían sustituido todas las puertas y ventanas de la casa por respiraderos, y la casa, por medio de esos orificios, soltaba un leve vapor que se extendía por los campos. Pero, ¿de dónde salía aquel vapor? Con el ojo de la mente vi una central eléctrica nuclear de las afueras de Amberes. Conectada a las tripas de esta central, por debajo de tierra, había una tubería negra muy larga que se extendía durante kilómetros y kilómetros por debajo de casas, carreteras, colegios, cafés y bosques, y al final tosía sus secos y cálidos aires por los orificios con rejas de esta casa sobre el campo de Bélgica, sobre vegetales, sobre vacas lecheras y sobre las tumbas de los europeos muertos. Nunca había visto un paisaje en el que los seres humanos parecieran tan irrelevantes.

Kiwi preguntó si notaba que iba a coger la gripe, y yo dije que no. Los bacilos de Mark todavía no habían llegado a Europa. Y justo entonces quise volver a casa, pero antes de que fuera capaz de hacer nuevos planes, el desti[...] decidió que llegara a París.

Era mediados de julio, y los bulevares de París rebosaban de turistas y de parisinos con evidentes muecas de dolor ante la perspectiva de sus vacaciones de agosto, como un hombre que tiene dificultades para mear. El sol ponía [...]reno como en un salón de belleza y brillaba sobre los edificios amarillos de la ciudad, y sobre los gitanos, los euroyuppies tan pagados de sí mismos, los humos de los tubos de escape y los sonidos apagados de las ambulancias. Había argelinos y árabes por todas partes, y también una inagotable provisión de turistas norteamericanos y canadienses con ropa de viaje que invariablemente incluía algo práctico: camisas polo del color de los bombones de menta de después de cenar, con compartimientos especiales para el pasaporte; zapatos que daban la hora; mujeres con permanentes lustrosas en forma de casco, sin duda para esconder pulverizadores ornamentales; hombres con el pelo cortado a lo Ken con casetes para la m[...]

LECTURAS



de Europa

Autor del manifiesto novelado *Generación X* y del todavía inédito en castellano *Life After God*, el joven escritor canadiense Douglas Coupland (British Columbia, 1961) es conocido en todo el mundo como profeta MTV y actualización del fenómeno salingeriano a la hora de escribir sobre aquello que sus contemporáneos necesitan leer. El fragmento que aquí se incluye pertenece a su opus dos –*Planeta Champú* (Ediciones B)– y sigue el tránsito posexistencialista de una nueva camada de jóvenes buscando encontrar en el Viejo Mundo quién sabe qué.

jora personal, que escucharían en sus walkmans mientras recorrían el Louvre.

Kiwi y yo estábamos sentados dando sorbos a unas tazas de café muy fuerte en un soleado bar de la acera al que rodeaba una valla de la "avenue Aimez-Moi" en lo más profundo de la Orilla Izquierda. Kiwi estaba inquieto mientras contemplaba el desfile de la vida que pasaba a nuestro lado porque le habían mangado el pasaporte poco antes en la avenida Foch y tenía que ir a la embajada de Nueva Zelanda a "humillarse para que le sirvieran otra copa".

El camión de una cristalería se detuvo enfrente a nosotros en un semáforo en rojo de la calle, y sus costados de espejo multiplicaron casualmente la ciudad. Ninguno de los dos pudo evitar un enfrentamiento espontáneo y riguroso con la visión a tamaño natural de nosotros mismos: morenos y andrajosos, el cuerpo musculoso y sin grasa después de seis semanas de euroviajes urbanos. Nuestros cuerpos parecían dispuestos a reventar por las costuras desgastadas de nuestras arrugadísimas prendas de vestir, lavadas esporádicamente en los muchos bidés que se extendían por el continente.

Quedamos sorprendidos de nuestro aspecto, y esto hizo que Kiwi se pusiera en acción.

–Oye, colega. Que te diviertas mucho en el cementerio –dijo, saltando la valla–. Me tengo que ir. Nos veremos esta noche en la entrada de la Delegación de Quebec. A las nueve en punto. Observé a Kiwi, que se alejaba andando por la acera; su cuerpo se veía más grande, más macizo y más inocente que el de los europeos, como les pasa a menudo a los del Nuevo Mundo.

Después de terminar mi café exprés tremendamente dulce, noté que se me disolvían los dientes, me pasé la lengua por los labios, lancé una ojeada al reloj, me eché la mochila a la espalda, pagué la cuenta, comprobé dónde estaba el sol, y luego me hundí en la tierra por la boca de un metro, envuelto en un ligero olor a pescado y a heces, y en los cantos de los mendigos y los ruidos de la tecnología. Luego viajé, con un leve dolor de cabeza, hacia el cementerio Père-Lachaise en busca de la flor para Daisy.

Cuando yo era mucho más joven, un amigo mío llamado Colby murió de un fallo de las proteínas, de cáncer. Lo enterraron en un cementerio junto a un sembrado de avena de las afueras de Lancaster. Durante el verano todavía voy a la tumba de Colby, porque es la única persona que he conocido que murió de verdad, y trato de imaginar la sensación de estar muerto –sin respirar, desconectando la mente–, de no existir. Pero la cosa nunca funciona. La vida siempre se impone. Salgo de esos momentos rebosante de energía, atragantándome de viento, buscando pájaros, notándome tan vivo que casi no puedo ni respirar.

No estaba seguro de si un cementerio europeo podría provocarme la misma reacción cuando entré en el enorme camposanto de Père-Lachaise, al noreste de París, cruzando sus puertas de piedra que indicaban el comienzo de una galaxia completamente distinta, una galaxia de errantes viudas de negro, bruscas arpías, nonagenarios sin piernas, árboles podados como perros acicalados para una exposición, con nubarrones de verano que amenazaban tormenta. Flores secas yacían dispersas sobre elegantes tumbas talladas. El ruido de la circulación había desaparecido pero me sentía agobiado por multitud de parterres cuadros donde crecían flores que nunca había visto hasta entonces. Me sentía apático. Las piedras que golpeaba con las punteras de las botas del desierto saltaban a cámara lenta y no emitían el menor sonido según me iba internando más y más en el cementerio, con todos los sonidos desaparecidos o apagados, como si estuviera paseando por un bosque de la Columbia Británica con Anna-Louise. París ya se me estaba saliendo de la cabeza y quedaba reemplazado por el argón, ese gas que desde hace tan poco forma parte del aire.

Me encontré delante de la tumba de Oscar Wilde y sin nadie cerca. Me quité la camisa y me apoyé en la lápida, tomando el sol, atrapando los escasos rayos procedentes del nublado astro. Me sorbí los mocos que me producía la fiebre del heno; giré la cabeza y pasé la lengua por la polvorienta piedra. De vez en cuando incluso me sorprendo a mí mismo.

Una gota de lluvia me cayó en el cuello. Me sentí perdido en un espacio donde no se permite fluir al río del tiempo, pero me despertó una arpía que pasaba cojeando, gritándoles a los setos, todavía de luto, sin duda por familiares perdidos en una lejana guerra europea que carecía de cualquier sentido.

Merodeando por el cementerio me dirigí en busca de la flor de la tumba de Jim Morrison, sin necesidad de plano, limitándome a seguir a los chicos que veía: manchados de barro o muy elegantes, tantos tipos impecables como chusma, la mayoría del Nuevo Mundo, con frecuencia colocados y en silencio, y desentonando extrañamente con el ambiente de aquel cementerio del Viejo Mundo, terriblemente fuera de lugar entre sus tallas antiguas y parecidos a avestruces de dibujos animados vestidos con tutús que corretean graznando por un entierro en un día lluvioso.

–No vamos a dejar que se aburra, ¿verdad? –dijo Mike, un chico de mi edad de Urbana, Illinois, que estaba enterrando un canuto en el suelo junto a la lápida de Morrison. Cerca, tres de Colorado se pintaban banderas canadienses en las mochilas tanto para que les sirvieran como talismanes antiterroristas como para entrar gratis en las celebraciones deSaint-Jean-Baptiste que tendrían lugar aquella noche en el edificio de la Delegación de Quebec.

–Aquello estará lleno de chicas, ya verás –dijo Daniel, un amigo de Mike, ayudando a una chica que se llamaba Chyna (de Denver) a ponerse una hoja de arce que parecía un pique de un mazo de cartas más que una hoja de arce. Estaba totalmente rodeado por muchachos que fumaban canutos, escribían con rotuladores o pintaban con sprays sus nombres, sus lugares de origen y "mensajes para Jimmy" en todas las piedras de las proximidades.

Cuando Chyna me ofreció amablemente una cerveza, le pregunté por qué había venido a visitar la tumba.

–Porque saber que mis ídolos están muertos –me respondió– hace que la muerte resulte menos espantosa.

Brindamos con las cervezas y yo dije:

–*Skaal* –y le hablé de Dinamarca, donde acababa de estar y donde entrechocar los vasos y decir *skaal* significa que te está permitido dejar de utilizar el trato de "usted" y emplear un trato más informal. La transición significa que uno puede considerar oficialmente que es amigo del otro–. Debido a esta regla, gran parte del humor danés se basa en la de entrechocar o no los vasos contra otra persona por primera vez.

–¿Cómo?

–No importa. ¿Adónde os pensáis dirigir después? –pregunté, refiriéndome a Stacy y Allison, las amigas de Chyna.

–A Grecia...

–¡Está siguiendo una cura sexual! –gritó Allison, y Chyna se ruborizó.

–Al parecer Grecia es una fiesta continua –dijo Chyna–. Tomaremos el ferry en Italia. Ya sabes. Lo típico del Adriático.

Unos cuantos dejamos poco después el cementerio, con las cervezas en la mano y yo con una margarita para Daisy en la mochila. Éramos Chyna, Stacy, Allison, Mike, Daniel, yo y dos aprendices de ebanistería de Bergen, Nueva Jersey. Los ocho nos sentíamos visiblemente jóvenes y agresivamente vivos, como me siento yo cuando me alejo de la tumba de Colby.

Teníamos la absolución de la juventud, que burbujeaba sobre nuestra rápida pero ultraintensa amistad de viajeros, amistades breves que nos permitían reinventarnos a nosotros mismos y a nuestras historias personales sin represalias ni exponernos a peligros, flexionar nuestras alas sexuales y consumir sustancias prohibidas en los cementerios.

Los brazos y piernas morenos que asomaban por nuestras camisetas y nuestros pantalones cortos y nuestra ingenuidad de cachorros era nuestro auténtico pasaporte del Nuevo Mundo aquella tarde cuando entramos en el mundo real, nuestro pasaporte y nuestra armadura cuando entramos en la agotada y elegante histeria de París.

Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones B.



Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio accede al Buenos Aires subterráneo de donde sale como Catcher, agente de Magia. La muerte del Troglodita y de Bowie lo llevan tras "Paredón". Pero tiene una entrevista con el Presidente...*

27 SECCION NOCHE

El llamado de los pibes del local de tatuaje y la referencia al Mr. Bolivia Gym me recordó que esa noche teníamos el ensayo general –si así cabía decir– de Gigantes en la Lona y que, simultáneamente, yo había convenido esperar a Etchenique en casa. Llamé al veterano y quedamos en encontrarnos a las ocho y media en El Molino:

–¿Venís por abajo o por arriba? –me indagó.

–Probablemente por abajo. ¿Tenés algo más de Pandolfi? Pasaron muchas cosas. Y he ido atando cabos...

–Desatalos: con un cabo suelto se puede resolver algo; un nudo siempre es un problema.

–Eso es sólo una frase.

–No es poco: a las ocho y media tendrás tu informe.

Volvió a llamar Gatti y lo atendí. Tenía problemas para coordinar sus horarios con los compañeros de Guardia Vieja. Se los solucioné. El viaje a Paso de los Libres me dio una idea:

–Hugo, vas a hacerme un último favor: cruzar a Uruguayana, ir al mejor hotel y averiguar sobre una troupe de luchadores que estuvo hace unos años y terminó todo en un fiasco. No va a ser difícil.

Le di los detalles de lo que necesitaba y se comprometió con gusto: estaba feliz con la Escuela de Arqueros y todo le parecía perfecto.

Después llamé a casa de Vicky, hablé con Dolores y le pedı que me dijera a mí qué necesitaba, que sería yo quien se lo alcanzara. No tardé en darme cuenta de que su pedido era un pretexto pueril:

–Tenemos que hablar, pa –dijo después de enumerarme media docena de boludeces sin duda imprescindibles para sobrevivir en los próximos días.

–Mañana tenemos sesión con el licenciado Zapata, nena.

–Aparte de eso.

–Ese es el mejor lugar para hablar todo –dije tratando de convencerla de lo que yo no estaba convencido.

–Encontrémonos antes, a la mañana.

–No puedo: tengo una reunión no sabés con quién –y no le dije.

–Llevame.

–No.

Corté con beso y amor reiterado. Lacana y Cía. me recibió con su dúctil contestador. Propuse circunstancias y hora de contacto y acordamos trasnoche por vía usual. Pensé cómo entusiasmaría a Etchenique la revelación de toda esa otra zona oscura y complementaria de la aventura subterránea. Lacana era el techo y la red que me contenían, la infraestructura neutra y anónima que diluía en la nada las huellas que dejaban los movimientos de Catcher.

A las siete y media ya no me quedaba mucho margen ni pretextos para prolongar la estadía en la oficina. Le avisé por el interno a Mupi que me iba para Arriba y después de aludir sin énfasis la anterior filtración de Etchenique usé el pasadizo para volver a la cúpula.

Las pantallas grises viraron en viaje de ida y vuelta al arco iris al tomar contacto. Pasé el informe de lo actuado y Subjuntivo se tomó unos segundos en encenderme la nuca:

–Mejor que sepan de tu sabiduría, y no de tu fortaleza... –dijo sin decir–. Supongamos que la muerte en el taller fuera inevitable. Si pudieras hacer que sea además útil, acaso hayas entendido algo.

Tecleé mi respuesta afirmativa mientras recordaba la imagen final de Subjuntivo, la última vez, las últimas palabras, la última entrevista.

Yo había pasado penosamente los rigores de acceso a Magia con menos certezas que estupores lo cual era –paradójico para mí y obvio para Subjuntivo–, absolutamente saludable:

–Una sola cosa: ¿cuándo deberé entrar en contacto? ¿Cuándo deberé ser Catcher? –me impacienté.

Y el vasto gordo que me bautizara según Salinger se dispuso a demostrarme una vez más, a la sombra liviana de un par de palmeras y con el culo enterrado en la arena blanca de Barranquilla, la utilidad de preguntar con los signos al revés. Era su manera gráfica de romper las cuestiones mal planteadas: abrir cuando hay que cerrar, cerrar en lugar de abrir:

–Tal vez no debas serlo, sino apenas esperar dispuesto a que te toque -deletreó casi, el oscuro, mirando el mar a través de mis ojos.

–¿Esperar qué?

–Que el punto en cuestión sea la vida, Catcher. El límite de la vida, el borde: la muerte, digamos. Que la Mafia mate, acaso esté en su naturaleza; que Magia no lo haga, también.

No me dejó interrumpirlo y prosiguió:

–Nunca supongas que la Justicia sea una cuestión aritmética; que la supresión de una vida se compense con la supresión de otra, que haya empate. Mejor que pienses a la venganza como un dos a cero a favor de la Muerte. Acaso todo consista, una vez más, en que atajes solamente.

Y en eso estaba, claro, aunque no era fácil.

Bajé por la cúpula y volví a la red subterránea con el tiempo justo. Lacana había dejado el Mercedes debidamente vacío y disponible en la playa de estacionamiento del Clínicas así que llegué por el conducto paralelo al subte y elegí la Emergencia que daba a la estación Facultad de Medicina. Activé la gama fosforescente, conecté el terminal, me puse y saqué lo necesario, y salí.

Catcher entró al andén norte, salió a superficie y de allí fue a retirar el coche. Condujo por Paraguay, Callao y Quintana hasta Recoleta y se metió en el estacionamiento. Chacón no estaba. Dejó el Mercedes en el tercer subsuelo, respiró hondo y por la última pared salió la red.

Rehice el camino recorrido a mediodía con Etchenique hasta llegar bajo El Molino. Eran las nueve menos veinticinco. Activé la Emergencia y mientras estaba atravesando la bodega de la confitería un empleado me preguntó a dónde iba:

–Al baño –dije–. Creo que me perdí.

Me indicaron el camino y fui. Reconocí al veterano, de espaldas.

–Hola, ¿preparado para la sección noche? –dije desabrochándome a su lado.

Le corté la inspiración.

Mañana 28.
Bolivia y sus hijos

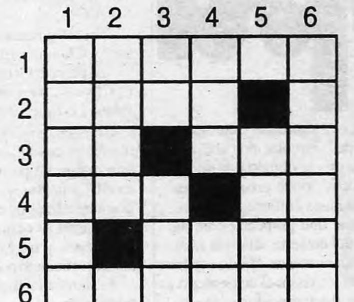
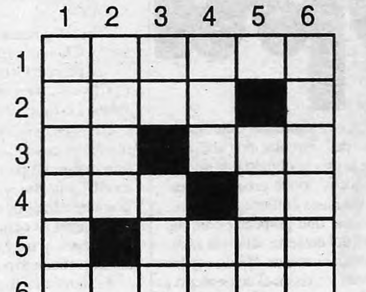
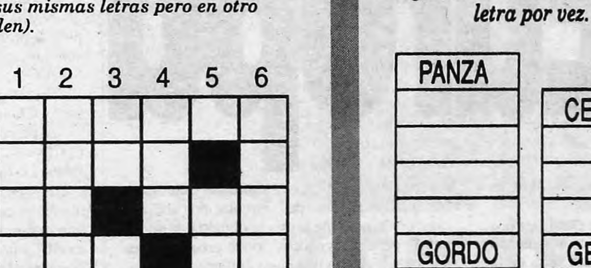


¿ANAGRAMA O SINONIMO?

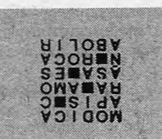
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Comida.
2. Pisa.
3. Ar./ Dueño.
4. Mango./ Se.
5. Caro.
6. Anular.

VERTICALES
1. Enredo.
2. Sopa.
3. Id./ Ora.
4. Así./ Lo.
5. Acuné.
6. Perseguir.

	1	2	3	4	5	6
1						
2					■	
3			■			
4				■		
5		■				
6						



MODICA
APIS■C
RA■AMO
ASA■ES
N■ROCA
ABOLIR

ESCALERAS

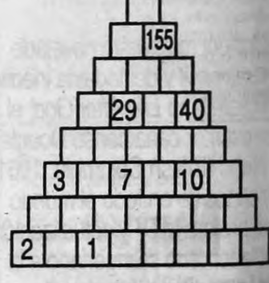
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

A	B
PANZA	
	CENSO
GORDO	GENTE

A. Panza, panda, parda, Garda, gorda, gordo. B. Censo, tenso, tentó, tenté, gente.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



	155						
	29		40				
3		7		10			
2		1					



270							
115	155						
43	72	83					
14	29	43	40				
5	9	20	23	17			
3	2	7	13	10	7		
2	1	1	6	7	3	4	
2	0	1	0	6	1	2	2

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Ríos latinoamericanos

1. Maipo
2. Cauca
3. Amazonas
4. Paraná

A. Brasil
B. Argentina
C. Chile
D. Colombia

Teatro griego

1. "Edipo Rey"
2. "Prometeo encadenado"
3. "Medea"
4. "Lisístrata"

A. Aristófanes
B. Esquilo
C. Eurípides
D. Sófocles

Montañas

1. Kilimanjaro
2. Aconcagua
3. Everest
4. Mont-Blanc

A. Tanganica
B. Nepal
C. Argentina
D. Francia

Pueblos indígenas

1. Chibchas
2. Aztecas
3. Timotes
4. Jíbaros

A. México
B. Colombia
C. Ecuador
D. Venezuela

Ríos latinoamericanos: 1-C, 2-D, 3-A, 4-B. Montañas: 1-A, 2-C, 3-B, 4-D. Teatro griego: 1-D, 2-B, 3-C, 4-A. Indios: 1-B, 2-A, 3-D, 4-C.